

“Las huellas del pensamiento y la memoria no son espectros, ni autistas”

“Pensar es olvidar diferencias, es generalizar, abstraer”

Jorge Luis Borges

Franco tiene dos años, habla poco, mueve las manos y a veces mira, pero otras no cuando lo llaman, afirman los padres temerosos frente a la consulta con un neurólogo. A continuación, sigue el relato, le hicieron un montón de estudios, polisognografía, potenciales evocados, evaluación neurolingüística (la misma se llevó a cabo en una entrevista de 45 minutos con Franco y otra igual con los papás), concluida la misma, sin mediación, el neurólogo les presenta el diagnóstico: “Pobre desarrollo de los precursores lingüísticos, y de habilidades sociolingüísticas y socioemocionales, lo cual dificulta el adecuado desarrollo del lenguaje; importantes dificultades en el desarrollo...”. Sugiere: “Tratamiento con orientación neurolingüística intensivo, tratamiento de psicología y de orientación a padres, tratamiento de terapia ocupacional. El diagnóstico es: Trastorno del espectro autista, indica, además, terapia ocupacional y terapia cognitiva conductual”. Azorados, preocupados y angustiados, los padres comienzan a recorrer este camino.

A Franco intentan enseñarle repetitivamente los colores, los hábitos “mínimos de higiene”...responder correctamente a su nombre cuando lo llaman...indicar o señalar lo que tiene que hacer, por ejemplo...buscar un juguete...un marcador...agarrar una tijera...un lápiz. Para ello, no juegan, le indican lo que tiene que hacer: discriminar un círculo de un cuadrado...distinguir las vocales... los días de la semana...responder a las precisas y sucintas consignas dadas de acuerdo a su patología.

Si logra adecuadamente el resultado, recibe la premiación y el estímulo correspondiente, y en caso que no lo haga, la reprimenda o desestimación de esa conducta (incorrecta, anormal) para que aprenda a hacerla normalmente. Esta metodología exagera un tipo de memoria “autónoma” que responde al estímulo dado, conecta una señal con otra hasta validar la respuesta que con el tiempo adquiere un automatismo prototípico a la serie o secuencia.

¿En esta verdadera memorización existe el deseo del sujeto? ¿Puede asociar y abstraer? ¿Alcanza a construir un pensamiento plástico que recree la experiencia?

Aprender de esta manera determina una memoria automática, directa y en extremo absoluta. Desde el nacimiento, el cuerpo tiene la potencia de ser receptáculo, lugar plástico inscripto a través de las experiencias con los otros. Son ellos, los que marcan el tiempo en huellas que reafirman el presente dentro de una comunidad que los aloja en el deseo compartido. De este modo, la memoria devenida don de amor impide coincidir consigo mismo, se abre al afuera, al movimiento y retorna en huellas memoriosas e imperecederas. A partir de las cuales, los pequeños toman conciencia de la finitud y también de la posibilidad de soportarla. Perciben, se dan cuenta, que hay algo insoportable e indecible en toda esta experiencia, justamente por ello pueden vivir la aventura ficcional del acto de jugar.

Durante la infancia, los niños comienzan a tomar conciencia que si bien el tiempo pasado pasa y es irreversible, mucho de ello dependerá del después, del quizá(s). Si por algún motivo, la experiencia no se recobra, no puede resignificarse en otra que necesariamente implicaría su pérdida. El pensamiento queda atrapado, encerrado en esa marca que no puede inscribirse en huella de una ausencia y sin ella, no puede generar la ficción, ni la posibilidad de abstracción.

La memoria absoluta como la que nos relata Jorge Luis Borges en “Funes, el memorioso”, impide asociar, perder la secuencia para inventar y crear otra y finalmente culmina con la imposibilidad de pensar. En el cuento, Borges relata historia de Irineo Funes, un peón que luego de un accidente con un caballo podía recordar todo, absolutamente todo. Esta capacidad no resulto ninguna bendición, sino por el contrario, lo sufría como una maldición. Sin dudarlo, recordaba cada hoja de cada árbol, de cada monte, lo que hacía que su memoria se transformara en una tortura. Atento a cada detalle, al recordarlo, era incapaz de reflexionar o tener ideas generales y asociativas; o sea, no podía abstraer.

Como sabemos, si tuviéramos una memoria automática, infinita y absoluta, no habría posibilidades ni de abstraer, ni de pensar, ni de vivir. Una de las enseñanzas que nos deja Borges a través de Funes es que, justamente, perdió la capacidad de abstraer y con ella la posibilidad de asociar. Tal como refiere Rodrio Quian Quiroga en el diario Página 12 del 2 de agosto del 2010: “Hay un caso muy interesante, el más parecido en la vida real al caso de Funes, que es el de Salomón Shereshevsky (conocido como paciente S), y el que lo estudió fue un psicólogo genial ruso: Alexander Luria. Era periodista en un diario, y no presentaba ninguna patología.

El editor cuando comenzaba el día de trabajo, sentaba a todos los redactores y les daba instrucciones sobre lo que debían hacer: los lugares a los que tenían que ir, las direcciones, las personas a las que tenían que entrevistar, etc. Era una cantidad de información lo suficientemente sustanciosa (y nueva) como para que hiciera falta anotarla si se quería recordarla. Pero resulta que mientras todos tomaban nota, Shereshevsky simplemente lo miraba. Un día el editor lo aparta y, pensando que se está tomando en chiste su trabajo, le pregunta por qué no anota. Y Shereshevsky le repite palabra por palabra lo que el editor le había indicado. Lo manda, entonces, al Instituto de Psicología de Moscú, donde el joven Luria comienza a probarlo: hace un listado de 30 números, se los hace leer y le pide que se los repita. Se los repite perfecto. Aumenta a cincuenta: vuelve a repetirlo perfecto. Prueba con letras, hasta setenta letras sin ningún tipo de orden: Shereshevsky responde perfecto. Luria se dio cuenta de que allí había algo especial y se dedicó a estudiarlo por treinta años.

Un día, 16 años después de los primeros estudios, Luria le pregunta a su paciente si recuerda las letras y los números que le dio en su primera entrevista. Shereshevsky contesta que sí, y comienza a repetirlo íntegros. El hombre tenía una memoria prodigiosa. Luria le leyó las cuatro primeras estrofas de la Divina Comedia, en italiano (idioma que desconocía): Shereshevsky las repitió exactamente igual, en ese momento y seis años después. Parecía tener una memoria ilimitada. Entonces Luria hace un experimento genial: le da un listado de números consecutivos (por ejemplo, 2345678 y al lado 34567 y al lado 456) y Salomón se lo aprendió, pero a fuerza bruta, sin darse cuenta de que había una clave conceptual para recordarlos. Lo repitió a la perfección, pero sin razonar lógicamente. Era como Funes: no tenía capacidad de razonamiento lógico. Leía un libro y podía repetirlo palabra por palabra, pero no entendía de que se trataba. Y lo que más le costaba era la poesía: Shereshevsky no podía sino entender el sentido literal de las palabras y, por eso, no comprendía ninguna metáfora”

Luego de dos años y medio, casi tres, de haber comenzado el trabajo clínico con Franco, alegre, sonriente, me saluda, se despide de la mamá y entra al consultorio. Es una de las últimas sesiones que vamos a tener ya que está a punto de finalizar su tratamiento. Él concurre actualmente al preescolar y se proyecta la escolaridad primaria con absoluta normalidad. Sonriente, se dirige a la caja donde están los trompos-Blade Blade. En ella, hay diferentes piezas que se encastran y ensamblan para poder construir cada uno su trompo. Se pueden combinar colores de diferentes formas de acuerdo a cada pieza que se coloca con una herramienta que ajusta las diferentes partes. El armado lleva un tiempo e implica la construcción e invención de cada trompo. Los diferentes elementos de distintos colores crean la singularidad de cada uno. Una vez realizado, para hacerlo girar tiene que insertar el cargador de un modo que le permita girar sobre su eje. De acuerdo a la fuerza que le imprime al impulso.

A Franco se le ocurre colocar un aro sobre el suelo y dentro de él se produce la: “gran batalla” entre los trompos. El rojo que construyó él, el verde que pude hacer imitándolo para que la “lucha” sea pareja e incierto el resultado. La batalla consiste en hacerlo girar dentro del círculo del aro, el ganador es el que sigue moviéndose y girando la mayor cantidad de tiempo posible. En el medio ocurre lo más divertido (el gran choque), de esta manera, cuando se tocan salen disparados para el otro extremo, al mismo tiempo, que lentamente se detiene el movimiento.,

Franco se apasiona dándole instrucciones al trompo (Blade blade rojo), prepara el lanzamiento, el cargador...juega a ser el campeón, el que gira más veces, el imparable, el ganador. Cuando lo hace, en el juego, sin darse cuenta, se transforma en trompo, deviene personaje y gira como si fuera él: está jugando a ser otro...”A la cuenta de tres, lanzamos...a la una...a las dos...y a las tresss”. La lucha es pareja, los trompos en vaivén, se bambolean, van y vienen. Franco, entusiasmado, realiza gestos alusivos para darle fuerza a su trompo y ganar la partida. Es un “verdadero” director técnico. Da instrucciones, habla con y como el trompo y se ríe ante cada choque cuando va ganando. En realidad los dos devenimos trompos en el entredós transferencial cuando jugamos en la escena.

La potencia de la experiencia de jugar con los trompos es un quehacer ficcional que pone en juego, no solo la memoria a corto y largo plazo, sino fundamentalmente la posibilidad de emanciparse de la cosa material y lograr la abstracción. De este modo, personifica el trompo en personaje simbólicamente imaginario. El trompo, para Franco, se abstrae de sí mismo, causa perplejidad, se pierde como objeto material y él, en ese instante, es otro que lo representa en una lucha investida de gestualidad, humor, azar, impulso y picardía. No es una lucha por el prestigio de ganar o perder, de quien es el mejor o el peor, tampoco es una pelea digital, donde da todo igual, pase lo que pase. Es una realización afectiva de la abstracción, efecto y causa del “entredós” de la intriga correspondiente a la posibilidad de abstraer, implica el desplazamiento del sujeto y la puesta en juego del deseo de la palabra como producción de sentidos.

Frente a la imposibilidad de lo posible, Franco hace uso del trompo y torna posible, lo que hasta ese instante o momento, era imposible. Para un niño (y para todos) no existe un único mundo, hay muchos en juego, por ejemplo, con Franco pudimos construir el mundo de los trompos Blade blade, tan imaginario, real y ficcional como cualquier otro. La posibilidad de abstraer abre las puertas de la realidad ficcional, si tenemos en cuenta, que lo que es ficción, y lo que no lo es, no se diferencian entre sí porque una es real y la otra no. Ambas son reales y la ficción pone en escena diferentes formas de contar, narrar y jugar.

La experiencia infantil cree en esas realizaciones lúdicas y vive de la vida de esas creencias. Por eso crea lo imposible y poco a poco, a partir de allí, comprende la finitud de lo posible, como don de amor y destino a construir. Cuya fuerza invisible, paradójicamente, de algún modo, está en su debilidad, en permanecer no como objeto cosa, sino en lo imaginario e inventado a medida que se hace el juego.

El mundo de los trompos como cualquier otro, es la realización en acto de una experiencia dispar. Enmarca la esencia de la desventura, la fuerza en potencia de un pensamiento jugado sin otra atadura, en búsqueda de aventuras. El niño asombrado ante la invención de la ficción, contempla, perplejo, que el cuerpo se extiende al trompo, o el trompo gira, se emancipa de la cosa en sí (del plástico, de la pura acción, del movimiento motriz). Sediento de sentidos, testimonian en cada giro, el desenfreno lúdico de la imaginación abstracta. Encuentro escurridizo del quizás, del peso afectivo gestual de la realización en escena. Sin duda, es un pensamiento en acto, abre la potencia de pensar junto al otro, en un escenario relacional, cómplice y simbólico.

Franco terminó el tratamiento, culmina su preescolar y está a punto de comenzar la escolaridad primaria. En la última entrevista, jugamos con él un nuevo campeonato-torneo de Blade blade. Al despedirme de los padres, ellos me entregan una sucinta historia del recorrido realizado por ellos a lo largo de estos años de tratamiento con su hijo. A continuación, reproduzco textualmente las palabras que contiene el trayecto y las marcas recorridas por ellos:

“Hoy se cierra un círculo, llegamos al final de este recorrido, difícil e incierto en un principio; alentador y de un profundo aprendizaje y crecimiento con el correr del tiempo.

Hace ya casi 3 años, Franco tenía 2 años y medio, empezamos a ver que de a poco se iba encerrando en sí mismo, jugaba poco y sonreía menos, no hablaba tanto como otros nenes de su edad. Nos preocupamos, leímos muchas cosas, sin saber realmente qué leíamos. Nos asustamos y decidimos realizar una consulta con un neurólogo. Dijimos frases como “No me mira cuando lo llamo”, “Mueve las manos como aleteando”, “Habla poco”.

Le hicieron un montón de estudios, polisomnografía, potenciales evocados, evaluación neurolingüística. Esta evaluación (entrevista de 45 minutos con Franco y otra de 45 minutos con los papás) concluía que Franco presentaba “un pobre desarrollo de los precursores Lingüísticos y de habilidades sociolingüísticas y socio emocionales lo cual dificulta el adecuado desarrollo del lenguaje.”; “importantes dificultades en el desarrollo del lenguaje comprometiendo la comprensión y expresión del mismo.” Sugiere: Tratamiento con orientación neurolingüística intensivo, tratamiento de psicología y de orientación a padres, tratamiento de terapia ocupacional. Con este informe y nuestro relato, el neurólogo nos habla del trastorno de espectro autista, indica tratamiento intensivo de fonoaudiología, terapia ocupacional y terapia cognitiva conductual.

A partir de ese momento, vivimos los días más difíciles, tristeza, angustia. Qué hacer? Cómo hacer?. No nos podíamos quedar con la simplicidad de un diagnóstico tan complejo, limitante y paralizante.

Sabíamos que Franco no era sólo una palabra, una mirada, un diagnóstico, tenía una historia, un contexto, sabíamos que en el último año habíamos vivido momentos complicados como familia, problemas laborales y sobre todo de salud que quizás lo afectaron y no pudimos darnos cuenta.

Entonces, comenzamos a cambiar, empezamos a jugar más, a hacer más cosas juntos, ir a la plaza, a pasear, a salir con amigos y tener más contacto con nenes de su edad. Y Franco también empezó a cambiar, en la forma de relacionarse, de comunicarse, de jugar.

En esos días, ya casi por cumplir los 3 años, conocimos a Esteban. Fuimos con todos nuestros temores y nos sentimos escuchados, lo que pensábamos tenía sentido... Lejos estaba Simón de ese diagnóstico... A partir de ahí los cambios se fueron dando a pasos agigantados, cada encuentro era un nuevo juego, una alegría que Franco disfrutaba muchísimo y hoy, después de poco más de 2 años, podemos decir, que recorriendo este camino tan lindo junto a Esteban, todos fuimos creciendo y aprendiendo. Aprendimos a confiar en nosotros y a diferenciar las prioridades.

Estamos comenzando una nueva etapa, seguros de nosotros mismos, con mucho entusiasmo y felicidad. Gracias por tanto!!! Dejaste en nosotros una huella imborrable!!”

Cuando un niño se encuentra con otro, hacen el juego, juegan, al hacerlo, realizan el acto primordial e inconsciente de ponerse en el lugar del otro (en este caso, el trompo). No es un simple hecho banal, sino lo originario de la trama social, en tanto don de amor, entregado por otro sin esperar nada a cambio. Es una realización a “pura pérdida”, “pierde” su lugar, se ubica en otro y a su vez, se desprende del afecto amoroso que dicha pérdida implica. Sin darse cuenta, se genera una deuda simbólica. No es del orden del dar y recibir, es lo que se dona y causa placer en la realización. El placer de la complicidad de la experiencia compartida, que aloja la hospitalaria sensación de existir juntos con otros en una comunidad. En este sentido, tal vez, nos oriente el cuento, que en 1918 escribió Franz Kafka, que a continuación reproducimos:

Un filósofo solía frecuentar los juegos de los niños. Y cuando veía a un chico con un trompo, se ponía al acecho, lo espiaba. Apenas estaba el trompo en movimiento, el filósofo lo perseguía para atraparlo. Que los niños hicieran bulla y procurasen alejarlo de su juego le tenía sin cuidado, y era feliz sujetándolo mientras el trompo daba vueltas y giraba, pero esto duraba sólo un instante, entonces lo arrojaba al suelo y se marchaba. Precisamente, creía que el conocimiento de que cada pequeñez, por ejemplo, un trompo que giraba sobre sí mismo, bastaba para alcanzar el conocimiento de lo general. De ahí, que se desentendiera de los grandes problemas, que no le parecían provechosos. Eso le parecía antieconómico, si realmente llegaba a conocer la pequeñez más diminuta, también conocería el todo, por eso se dedicaba exclusivamente al trompo que giraba. Y cuando se hacían los preparativos para hacer bailar el trompo, tenía la esperanza de que lo conseguiría y, cuando el trompo giraba, bailaba, la esperanza se le volvió certeza en el correteo sofocante, pero cuando se quedaba con el inmóvil trozo de madera en la mano, se sentía mal, y el griterío de los niños, que hasta entonces no oyerá y que ahora, de súbito, le atronaba los oídos, lo arrojaba fuera de allí, y se tambaleaba como un trompo bajo una cuerda torpe.

Franco sigue girando con su trompo Blade blade. Se fuga de los sentidos preestablecidos e inventa el placer de pensar y desear lo que todavía es impensado.

Esteban Levin
estebanlevin@lainfancia.net
www.facebook.com/LaInfancia
www.lainfancia.net